

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



**EL ABANICO
DE LADY WINDERMERE**

FOR
May Mac Avoy
Bert Lytell
Ronald Colman, etc.

50 cts.

15
BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes
DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BRYAGUER

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A.

El Abanico de Lady Windermere

Maravillosa producción de arte, basada
en la célebre novela de OSCAR WILDE

INTERPRETADA POR

MAY MAC AVOY, en el rôle de *Lady Windermere*
IRENE RICH, " " *Edith Erlynne*
BERT LYTELL, " " *Lord Windermere*
RONALD COLMAN, " " *Lord Darlington*
EDWARD MARTINDEL, " " *Lord Augustus*
etc.

Dirección de ERNEST LUBISTCH

✱

SELECCIONES

GRAN LUXOR VERDAGUER

Consejo de Clento, 290 - Barcelona

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

El Abanico de Lady Windermere

ARGUMENTO DE LA PELICULA

De todas las creaciones literarias que han dado a Oscar Wilde su merecida fama de genial, la más humana, la más artística y sublime por su fondo de sentimiento y su forma refinada y bella es esta escena de la joya mundial, que hoy adquiere nueva forma estética por el arte del mago Ernest Lubitch.

Lady Windermere, la suave y distinguida dama, una de las más admiradas de la aristocracia londinense, daba, aquel día, una prueba más de su exquisito tacto social, al distribuir los puestos que debían

ocupar los invitados a una de sus selectas fiestas.

Lord X con Lady Z, no, mejor Lord A con Lady B... y así sucesivamente, haciéndose eco y portavoz íntimos de las predilecciones de sus amistades, lo cual no era, en verdad, tarea fácil.

Ocupada en tan interesante operación estaba lady Windermere, cuando un criado le vino a anunciar la llegada de uno de los amigos de la casa.

—Lord Darlington—dijo el fámulo, con profunda reverencia.

Lady Windermere no pudo reprimir un ligero sobresalto.

¿Por qué el citado Lord se presentaba así, intempestivamente?

¿Por qué se complacía en molestarla con sus asiduidades de hombre galante?

¿No le había demostrado, acaso, varias veces, que no daría oídas jamás a otras frases de amor que las que le pronunciase su esposo, el digno lord Windermere?

Por su gusto, lady Windermere hubiera ordenado al criado que rogase a lord Darlington la disculpase por no poderle recibir, su pretexto de que se estaba vistiéndolo para salir de visitas, pero no se atrevió a hacerlo, y dijo a aquél:

—Introdúzcalo en el salón particular.

Lord Darlington entró en el saloncito, sonriendo al pensar en el placer de contemplar de muy cerca la belleza de su encantadora amiga lady Windermere.

Joven y con un concepto especial de la vida—mal de muchos hombres—, lord Darlington se había prendado de los indiscutibles y numerosos encantos de lady Windermere, a la que encontraba sencillamente maravillosa.

Lady Windermere era la esposa de su amigo, pero esta circunstancia no hacía vacilar a lord Darlington en sus firmes propósitos de hacer su conquista, para dar cumplimiento a su egoísmo, al que, en aquel caso, lo sacrificaba todo, hasta el más ele-

mental principio de caballerosidad, virtud tan hondamente arraigada en la nobleza británica.

Innegablemente simpático y elegante, lord Darlington estaba convencido de que más tarde o más temprano sus galanterías lograrían hacer mella en el corazón de la halagada, pues dotado de cierta *sans-façon* que le inmunizaba de sonrojarse o acobardarse ante un desdén o una protesta de su pretendida linda casada, no entregaría nunca las armas.

Esa *sans-façon*, que parecía como una absoluta seguridad de salir airoso de su empresa, encajaba perfectamente en el cuadro de dotes físicas del osado Lord; y muchas damas hubieran caído en la tentación de su irresistible sonrisa y su a la vez soñadora e irónica mieada...

Lady Windermere le recibió sin dejar transparentar la inquietud que sentía.

Se sentó lejos de su lado, pero como quiera que lord Darlington, mirándola

sonriente con un murmullo en los labios de palabras amorosas, se disponía a ponerle cerco, le salió al paso, diciéndole secamente:

—Supongo que habrá usted venido a visitar a mi esposo... aunque se haya hecho usted anunciar a mí...

—No, no, lady Windermere... He venido por ver a usted...

—Le agradezco su interés... pero considero... Además, tengo mi día de recibo...

—Sí, ya lo sabía... pero eso debe rezar para las damas... no para mí, un admirador de usted como no puede haber otro...

—Pero ¿usted no ha pensado nunca en lo que puede suponer mi esposo viéndole a menudo por esta casa... mucho más a menudo, de un tiempo a esta parte, que antes?

—¿Qué mal hay en que yo visite a la esposa de mi amigo? Lord Windermere debe agradecerme, sin duda, mi amabilidad con su adorable mujercita,

Lady Windermere se agitó en su sitio, comprendiendo que lord Darlington era incombustible en sus argumentos... y en su *sans-gêne*.

—No se enoje conmigo, primorosa Lady—suplicóle el galanteador—. ¡Es un placer tan grande para mí el poder hablar, así, a solas, con usted!

Lady Windermere se resignaba y no se resignaba a escucharle. Manteníase en una actitud ambigua, es decir, pronta unas veces a mandar a paseo a su impertinente amigo, y cargada de paciencia otras veces para contenerse.

Añadamos, en honor a la verdad, que no era por la parte física por la que lady Windermere sentía aversión hacia lord Darlington, sino por la parte moral, pues si bien, como a toda mujer, los halagos le eran agradables, éstos no compensaban ni remotamente la mala impresión que le causaba la encubierta deslealtad que él cometía con su amigo...

Entretanto, lord Windermere, en su despacho, releía con atención y suma extrañeza, la siguiente carta:

A lord Windermere:

Esta carta le sorprenderá por ser de una desconocida, pero atienda mi súplica de venir a verme. Entonces sabrá usted quien soy y la importancia de esta misiva.

Edith Erlynne

¿Quién era esa mujer que de tal modo le rogaba que fuese a verla?

¿Qué misterio encerraba esa carta?

En el dorso del sobre que contenía el escrito cuando lord Windermere lo recibió, había la dirección de la extraña dama. Decía:

Mrs. E. Erlynne-84 a Curzon S. W.

Impelido por la curiosidad que había despertado en él dicho ruego, puso en orden algunos papeles de su mesa de trabajo, y se dispuso a ir a visitar a la desconocida.

Buscó a su esposa para despedirse. Lady Windermere seguía soportando las insinuaciones de lord Darlington. Al entrar lord Windermere en el saloncito, sin sombrero, no dando lugar a su esposa a suponer que se marchaba, lady Windermere, prendiéndose de su brazo, se consideraba libre, al fin, de su admirador; y le dijo:

—Lord Darlington creo que desea hablarte.

Este, un tanto desconcertado, se serenó rápidamente.

¿De qué hablaría a su amigo?

Sencillamente, de la próxima partida que la Real Sociedad de Cazadores estaba organizando.

Pero lord Windermere le libró de tener que disimular, pues acariciando a su mujer, presentó a ambos excusas por tener precisión de ausentarse.

—Lo lamento, querido Darlington—añadió—. Vuelve mañana, o iré yo a verte.

—No te molestes. Al fin y al cabo, lo

que tenía que decirte no es cosa de importancia. Vine a verte para charlar un poco antes de ir al Club.

—¿Nos veremos esta noche?

—Volveré mañana... porque no se si estaré libre hoy.

—Adiós, pues. Hasta mañana.

Lady Windermere miró a los dos hombres. Lord Darlington correspondió a su mirada sonriendo maliciosamente, y lord Windermere cariñosamente.

Lady Windermere, sin separarse de su marido, hizo doble presión en el brazo de que estaba prendida, y con súplica que él no comprendió, le dijo:

—No tardes... Quiero salir contigo esta tarde.

—Procuraré regresar lo antes posible—respondióle lord Windermere, besándola amorosamente, envidiando Darlington la caricia.

Tras esto, el esposo desapareció.

Al poco, cuando lord Darlington consi-

deró que su amigo había salido de la casa, sonrió para sus adentros... ¡El sabía el motivo de la ausencia de lord Windermere.



Procuraré regresar lo antes posible—respondióle lord Windermere, besándola amorosamente, exhortándola Darlington la caricia.

re! ¡Qué ingenua la linda esposa no sospechando que su marido buscaba sensaciones fuera del hogar!

Estos detalles se los había sugerido el descubrimiento que acababa de hacer al

leer el dorso del sobre de la misteriosa dama que había escrito a su amigo y el cual lord Windermere ocultaba a las miradas de su esposa, incurriendo en la distracción de mostrárselo a lord Darlington. En dicho dorso del sobre constaba el nombre de una mujer y su domicilio. Sin duda, esta damita había escrito a lord Windermere impaciente por verle... Si, claro, una conquista...

La convicción de que su amigo procuraba revivir sus tiempos de soltero, dió más bríos a lord Darlington para procurar, por su parte, jugar a casados con la linda Lady...

Mucho le enojaba a lady Windermere el haber quedado otra vez a solas con lord Darlington. Ansiaba que se marchase. Pero el admirador, envalentonado por lo que suponía infidelidad conyugal de su amigo, se lanzó más abiertamente, si cabía, a la conquista de la casadita de cara de rosa.

Lady Windermere sentóse en un sofá. Lord Darlington la siguió, sentándose a su lado. Ella hizo ademán de levantarse, mas él, impidiéndoselo, le dijo, como si fuese a cambiar el invariable tema de sus entrevistas con ella:



—Lady Windermere, le reservo las primicias de una noticia completamente inédita...

—Lady Windermere, le reservo las primicias de una noticia completamente inédita...

—Menos mal que una vez en la vida habla usted en serio... ¿De qué se trata?

—Pues... sencillamente... de que... ¿No lo adivina usted?

—No veo...

—Diga usted mejor que esos ojitos tan picaruelos que usted tiene, no ven lo que no quieren ver... ¡Ay! ¡Cuántas quisieran tener sus ojos, Lady encantadora!

—Es usted incorregible, lord Darlington. Vamos, termine usted de una vez.

—¿Se impacienta usted por enterarse...?

—Sí... las mujeres somos muy curiosas.

—Pues... mireme usted un poco... así... Se trata de que yo... ¿lo oye usted bien?... yo, lord Darlington... la amo... ¡ya está!... la amo como un colegial.

—¡¡¡... !!!

Lord Darlington no perdió su sangre fría, y su sonrisa seguía temblando en sus labios.

Lady Windermere, muy alterada, pro-

testó de las impertinencias del peligroso amigo, llamándole severamente al orden.

—Le agradeceré no vuelva a insistir en sus galanteos, lo mismo si son en broma que en serio. Deseo que se me respete, por mí misma y por mi esposo. Lamento decirselo, lord Darlington, porque usted se ha obstinado en lo contrario...

—No se enoje usted, Lady, se lo suplico... ¿Es usted por ventura la única mujer a quien no gustan los sinceros elogios a su belleza? No lo creo, porque no hay mujer que no aspire a ser la más hermosa entre todas.

—Hay casos en que...

—Sí... hay casos en que, según usted, los halagos de un hombre no deben prodigarse a una mujer... Ese hombre soy yo, claro; y esa mujer, usted. Pero yo opino de otro modo. Yo considero que no puede haber nada en el mundo que impida al hombre decirle a una mujer, tantas veces como sienta que su corazón necesita decir-

selo, que es bella, que es irresistible, que por ella lo daría todo... Y ese hombre, también, soy yo... y esa mujer, usted... ¿De modo que quién queda vencedor?

—¡Oh! Es usted capaz de conseguir que lo disculpe.

—Se lo agradecería tanto, bellísima Lady...

—Pero con una condición...

—Según...

—Le prohibo que vuelva a hablarme de mí físico para nada... que me deje en paz ¿Comprendido?

—De acuerdo... si se empeña... aunque también impongo una condición.

—¿Usted...?

—Creo tener derecho a ella.

—Vamos a ver... ¿Qué condición?

—Atenderé la suya... si puedo... y *estoy seguro de que no podré*.

—¡Oh! ¡Basta! ¡Cómo me crispa usted los nervios!

—¿Por qué no me imita, gentilísima

Lady? Sonría, como yo... Fijese en mí...

—Pierde usted el tiempo... Es usted un mal inglés.

* * *

Lord Windermere habíase dirigido, como ya sabemos, a la casa que le indicaba la misteriosa dama que le había escrito.

Esa dama, Edith Erlynne, hacía poco había regresado a Londres después de larga ausencia, y buscaba recuperar en la capital el rango y bienestar que un error de su vida le hizo perder.

Era alta, de soberana hermosura otoñal. Su cuerpo, delicado y armonioso, le daba un aire de distinción aristocrática.

Mientras lord Windermere salvaba la distancia de su casa a la de Edith, ésta contemplaba un retrato de lady Windermere, publicado en una revista, de la cual lo había arrancado, y unas facturas... para el pago de cuyos importes no disponía de fondos.

Tan apurada situación había decidido a la misteriosa mujer a solicitar una entrevista a lord Windermere, para que éste la ayudase a reaccionar. Y no dudaba que lo conseguiría, importándole, más que nada, en aquellos momentos, su egoísmo, su desco de contar con un buen apoyo para gozar aún de la vida.

Lord Windermere, que acababa de llegar, fué anunciado a Edith.

Sin inmutarse, la bella mujer ordenó que lo introdujesen a su presencia.

Lord Windermere entró tras el criado, y al hallarse ante Edith inclinóse ceremoniosamente; mas de pronto, un poco brusco, tendiéndole el escrito que había recibido de ella, preguntóle:

—¿Quién es usted, señora, y qué significa esta carta...?

Edith le miró atentamente unos momentos, sonrióle luego, suponiendo la sorpresa que le iba a causar, y con desconcertante naturalidad, explicó:

—Soy la madre de su esposa.

—¿Cómo?... ¿La madre de mi...?
Pero...

Esta noticia no podía en modo alguno serle agradable. ¿Qué querría de él aquella mujer que había desaparecido del seno de su familia...?

¿No mentía acaso? ¿No se trataba, tal vez, de una aventurera que sabía aprovecharse...?

Edith comprendió los recelos de su yerno, y mostrándole la fotografía de lady Windermere, y además una serie de documentos de ésta y suyos, dijo:

—Tal vez dude usted de mis palabras... pero aquí están las pruebas de mi identidad.

Lord Windermere examinó esos papeles, y desde ese momento no le cupo la menor sospecha de que se hallaba delante de la madre de su esposa.

Hubo una pausa. Lord Windermere reflexionaba. A pocos pasos suyos, Edith

ardía en el deseo de oír los comentarios de su hijo político a su reaparición...



—Tal vez dude usted de mis palabras, pero aquí están las pruebas de mi identidad.

Lord Windermere, midiendo sus palabras, hablóle así:

—Supongo, señora, que recordará por qué motivos fué necesario hacer creer a mi esposa que su madre murió hace años...

—Fué...

—Fué lo que fué... Lo que yo deseo que

usted comprenda, es la amargura que le produciría el saber que lo que le dijeran no fué más que una mentira... Si esta ocultación de la triste verdad fué entonces, para ella, tan piadosa, su corazón de madre debe continuar siendo cómplice del engaño.

—Mi situación ha cambiado... Si no fuera por mi ruina...

—El dolor de mi esposa es lo que más me interesa... y a usted también, como madre... Mi mujer es buena, dulce, ingenua como una doncella... Vivimos estrechamente unidos por un gran amor y una ternura infinita... Ella profesa al recuerdo de usted, de cuya muerte no dudó nunca, profunda veneración... Revelarle la verdad, sería su muerte... ¿Lo comprende usted?... ¡Oh, sí! Esas lágrimas que brillan en sus párpados son la más hermosa prueba de que aun hay piedad en su corazón... Gracias... Creo que nos entendemos...

Los ojos de lord Windermere tropeza-

ron con las facturas que se tenían que liquidar sin demora, y haciéndose cargo del desesperado trance por que atravesaba Edith, le propuso una solución financiera a cambio de no aparecer en la vida de su hija.

—Como adoro a mi esposa—le dijo—, no quiero regatear el precio de su felicidad...

Edith, vuelta a la realidad, se felicitaba de su triunfo.

Lord Windermere extendióle un cheque por buena cantidad de libras esterlinas, y entregóselo rogándole lo aceptase.

En un arranque de gratitud, Edith volvió a emocionarse, sin dejar de mirar, de todos modos, el cheque.

—Yo seguiré ayudándola, pero que mi esposa no sepa una palabra de su existencia—añadió lord Windermere.

Poco después, éste se despedía de ella. Edith le tendió el retrato de su hija, como para garantizarle que nadie, ni por el más

nimio detalle, sabría qué lazos la unían a lady Windermere.

Lord Windermere, generoso y noble, no pudo aceptarlo; y rechazándolo a su madre política, murmuró:

—Consérvelo usted, puesto que es el retrato de su hija... Pero donde nadie lo vea.

La emoción de Edith alcanzó su grado máximo, y con ojos húmedos vió partir a su yerno, y celebraba al propio tiempo su generosidad, abrigando el convencimiento de que no la abandonaría jamás, constituyéndose en su banquero.

* * *

Como un banquero, en efecto, fué lord Windermere para Edith Erlynne, desde la revelación, por parte de ésta, de su personalidad.

El afán de Edith era triunfar en la buena sociedad, por su belleza y distinción; y gracias a la prodigalidad de su yerno, desconocido como tal para todos, pudo fre-

cuentar las mejores reuniones, constituyendo el tema de todas las conversaciones.

Una tarde, en el Hipódromo, Edith, vestida con elegancia impecable, ocupaba un palco situado a algunos metros de distancia y delante del de lord Windermere.

Como los demás espectadores que ocupaban los palcos vecinos, los del de lord Windermere hicieron objeto de especial atención a la hermosa dama.

En el palco de lord Windermere hallábanse: éste; su esposa; lord Darlington, que no desperdiciaba ninguna ocasión para estar cerca de lady Windermere, a pesar de los desdenes y recriminaciones de ésta; lord Augustos, el soltero más recalcitrante de Londres, y también, digámoslo sin envidia, la esencia de la simpatía coronada de cabellos plomizos, y de la elegancia varonil; y finalmente, la duquesa de Treville, lady Plimdale y madame Cowper, que formaban un triunvirato a cuya murmuración era imposible escapar.

Al fijarse en Edith, las tres amigas de la tijera se dedicaron a su ocupación favorita.

—Seguro que pasa de los treinta y cinco...

—¡Ya lo creo! Se distinguen perfectamente algunos cabellos grises...

Lady Windermere no podía ver fácilmente a Edith y las damas le hacían continuamente un claro para que la viese.

—Mi opinión es que pronto tendrá la cabellera gris... Mire usted el pelo...—decía la amiga que la ingenua Lady tenía a su lado.

Lord Darlington, que no había echado al olvido que su amigo, sin sospecharlo, le había permitido leer el nombre y la dirección de esa misteriosa Edith, sonreía y miraba maliciosamente a lady Windermere...

—Y ahora pregunto yo... ¿De dónde procede el dinero que derrocha esa mujer?—continuó una de las chismosas.

Lord Darlington, que había escuchado los comentarios sin intervenir en ellos, no pudo menos de salir al paso del que significaba menosprecio para la madre de su esposa.

—Nadie la conoce—dijo discretamente—para emitir juicio sobre su fortuna, que ignoramos.

La que había hecho la pregunta se consideró ofendida, y con esa entonación peculiar de las murmuradoras que ven las cosas doble y muy distintas de lo que son, murmuró al oído de lady Windermere:

—Es chocante que su esposo defienda así a una desconocida...

Lady Windermere miró instintivamente a lord Darlington, como preguntándole: "¿Qué suponen estas damas?"; y el galanteador, sonriéndole, como de costumbre, hizo un leve gesto con la cabeza, a guisa de evasiva respuesta, que significaba que se podían suponer muchas cosas...

El más piadoso con Edith, aparte de

lord Windermere, por supuesto, era lord Augustos, el simpático soltero, quien lejos de criticarla, la encontraba soberanamente seductora, afirmándose cada vez más en la idea de incluirla en el número de sus deliciosas aventuras.

Antes de terminar las carreras de caballos, Edith abandonó su puesto, y tras ella salió lord Augustos.

Como excelente hombre de mundo, esgrimiendo la poderosa arma de la galantería y la efectiva de la simpatía... si que también su aire de millonario, fácil le fué al soltero presentarse a la bella, entablado con ella desde entonces una creciente amistad.

Edith, encantada de haber llamado la atención, al parecer poderosamente, a lord Augustos, le autorizó a visitarla en su casa; y si bien las primeras visitas fueron un tanto tímidas por parte del pretendiente, a medida que aumentaban llenábanse de franqueza.



...a medida que aumentaban llenábanse de franqueza.

Pero Edith sabía hacerse respetar... No era cosa fácil conquistarla... Conocía ya el mundo...

Lord Augustos, de temperamento impulsivo, celoso como un tigre, se permitía ya suponer que Edith recibía a otras personas en su casa, pues aquel día, encontrando en el cenicero la punta de un cigarro, preguntó en tono exigente de quién era.

—De quien sea, amigo mío.

—¡Ah! ¿De modo que...?

—Pero ¿qué derecho tiene usted a ponerse celoso? Si nada media entre nosotros hasta la hora presente...

—Sí, pero...

—Si usted me quisiera se casaría usted conmigo a despecho de las murmuraciones de que me hacen objeto cuatro viejas chismosas...

—¡Oh! Yo no hago caso de nadie... Pero... ese puro... ¿de quién es ese puro?

Hábilmente, Edith, apoderándose de la faja del puro que lord Augustos acababa de encender, la puso alrededor de la punta del cigarro que había en el cenicero, y mostrándole dicha punta con la faja le convenció de que era suya, del día anterior, recriminando a la criada por su negligencia en la limpieza de la casa...

—Ya, ya... Claro... Yo... naturalmente... al ver...

—¡Qué celoso! Pero no me desagrada

que lo sea. Los celos y el amor son hermanos gemelos.

* * *

El cumpleaños de lady Windermere prometía ser uno de los acontecimientos más culminantes de la temporada social.

Lord Windermere había organizado para aquella noche una esplendida fiesta a la que había invitado lo mejor de la buena sociedad.

Los regalos recibidos de su esposo por lady Windermere eran a cual más valioso. Joyas, flores, perfumes. Un derroche de dinero y buen gusto. Por cada regalo, la encantadora festejada le daba un beso... perdiendo la cuenta de los que tenía que dar, pues los obsequios eran numerosos y sorprendentes, destacándose entre todos un abanico de encaje y pura concha, que a su valor intrínseco unía su excepcional mérito artístico.

—¡Qué maravilla!—exclamó lady Windermere, al contemplarlo.



—¡Qué maravilla!

—Es algo digno de ti, tesoro mío.

—Es algo digno de ti, tesoro mío—respondió el cariñoso esposo.

—¡Oh! ¡Cómo me mimas!

—¡Qué no mereces tú, mi vida!

Una de las visitas particulares que recibió lady Windermere fué la de lord Darlington, precisamente cuando lord Windermere se disponía a salir de casa pretextando que tenía que arreglar unos asuntos antes de la noche.

Lady Windermere lamentaba quedarse a solas con lord Darlington, y acercándose a la ventana que daba a la calle, distrajo su vista mirando hacia abajo, para ver aún a su marido.

Lord Darlington imitó a lady Windermere, y como ambas, con infinita sorpresa ella, vieron como lord Windermere renunciaba a subir a su *auto*, que le había estado esperando, y subía en la esquina de la calle a un *taxi*, lord Darlington, aprovechando esa coyuntura para hablar claro, dijo a su deseada conquista:

—Créame, lady Windermere, cuando un hombre casado deja su propio coche para tomar un *taxi*...

—¿Qué sospecha usted? ¿Que mi marido no tiene la conciencia tranquila? ¿Que otra mujer...? ¡Es falso! ¡Es absurdo!

—Tal vez en el libro de cheques de su esposo encuentre usted un nombre de mujer... el de la señora Edith Erlynne...

—¿Cómo...? ¿Usted cree?... ¿Y usted se atreve...?

—Ya sé que no es caballeresco que yo obre así... pero el amor que le profeso disculpa mi falta de delicadeza...

—¡No! ¡No creo una palabra de lo que usted me dice!

Sin embargo, lady Windermere no podía vencer ciertas dudas... pero se resistía... se resistía...

En tanto, lord Windermere, que había ido a visitar a Edith, la enteraba de que no podía invitarla a la fiesta del cumpleaños de su hija.

Edith se opuso a esa negativa, decidida a ir a la fiesta.

—¡Es imposible! No me pida usted eso...

—¡Ha de ser!

—¡No! ¡De ningún modo!

—Pues bien, estoy decidida a revelar a mi hija quien soy, si usted persiste en no querer invitarme a la reunión...

—Pero ¿no comprende usted que su exigencia es excesiva?

—Yo sólo sé, lord Windermere, que asistir a su casa esta noche representa para mí reanudar mi vida social y la posibilidad



—Ya sólo sé, lord Windermere, que asistir a su casa esta noche representa para mí reanudar mi vida social...

de casarme con lord Augustos, que me quiere, y que es el único ideal de mi futura vida.

—¿Lord Augustos le habló a usted de matrimonio?

—Hablamos juntos de ello, y me consta que me quiere. ¿Se negará usted ahora a ayudarme, cuando sólo me falta dar un paso para volver a ser feliz?

El caso era delicado. Lord Windermere, sin vacilar, renunció a negar la entrada en sus salones a la madre de su hija, y siempre bajo la promesa de que no cometería ninguna imprudencia, accedió a invitarla.

Al poco lord Windermere regresaba a su casa, a la que había llegado otra visita, la cual no le resultaba muy agradable.

Esa visita era una de las tres chismosas que en el palco del Hipódromo criticaban a Edith, encontrando extraño que lord Windermere defendiese a esa mujer para interrumpir la plática que sobre ella sostenían.

Dicha visita, al ver a Lord Windermere, le murmuró:

—Créame, lord Windermere, desde

aquel día, en las carreras, no he dicho a su esposa "una sola palabra" respecto a su amistad entre usted y Edith Erlynne...

—Pero, señora... ¿Quién afirma...?

—¡Oh! Se dice... se comenta... Usted sabrá...

La visita de la vieja chismosa había completado en lady Windermere las palabras de lord Darlington, y en aquellos momentos hallábase en el despacho de su esposo revolviendo sus papeles, después de descerrajar un cajón.

Al hallar el carnet de cheques, lady Windermere buscó en las matrices el nombre de una mujer, Edith Erlynne, sonrojándose de indignación y vergüenza al encontrarlo.

¡Entonces, era verdad!

Lord Windermere, ajeno a lo que su mujer estaba haciendo, sorprendiéndola en su despacho, y al verificar que su cajón había sido violentado, y que el secreto estaba descubierto, comprendió que la mormuración había llegado hasta ella, hiriénola



... y al verificar que su cojón había sido violentado, y que el secreto estaba descubierta...

atrozmente; y acallando sus palabras de justificación de su acto, le dijo, tomándola entre sus brazos:

—Debes tener confianza en mí. Nada hay de pecaminoso en lo que hago. Se trata sencillamente de ayudar a reconquistar su antigua posición a una mujer que quiere encauzar honestamente su vida...

—¡No! ¡No! ¡Es inútil que quieras disculparte! ¡Qué desengaño! ¡Qué tortura!

—Cálmate, querida, cálmate... Cambiarás de opinión en cuanto la conozcas... Precisamente esta noche vendrá... Es uno de nuestros invitados...

¿Que vendrá aquí, dices? ¡Ella, esa mujer! ¡Si se atreve a presentarse en mi casa... le golpearé el rostro con este abanico!

—¡Tú no harás eso!

—¡Mirame bien! ¡Mis ojos te dirán si miento, si llegaré a flaquear en el momento supremo!

Lord Windermere se encontraba en un caso todavía más difícil que el de hacía poco en casa de Edith. ¡Golpear lady Windermere a su madre! ¡No! Era preferible que Edith no asistiese a la fiesta.

Inmediatamente, lord Windermere mandó una carta a Edith, así concebida:

Distinguida señora Edith Eclynne:

Me permito suplicarle se abstenga de asistir a la fiesta de esta noche. Mi esposa interpretaría mal la presencia de usted, y me veo obligado a complacerla.

Con viva contrariedad y el mayor respeto

Lord Windermere

Pero Edith, al recibir, poco antes de la hora fijada para la fiesta, esa carta, creyó que se trataba de la invitación prometida por lord Windermere, y sin abrirla dirigióse a la reunión.

Al llegar, anuncióse a los criados.

—Soy la señora Edith Erlynne.

—¿Señora Erlynne...?—repitió uno de los criados.

No recordaba haber leído su nombre en la lista de los invitados, y comprobándolo, opuso reparos a recibirla...

Edith sacó el sobre que había recibido de lord Windermere, para entregar la invitación al criado, pero al abrirlo y encontrar dentro del mismo la carta por la que su yerno le presentaba excusas por tener que renunciar a invitarla, no insistió, quedando un momento desconcertada por la sorpresa.

¡Qué situación delante de los criados!

En tan crítico momento llegó lord Augustos, quien al verla apresuróse a ofrecerle el brazo, gracias a lo cual el criado, confuso, le suplicó con la mirada le disculpase el incidente, pues él se había limitado a atenerse a la lista de los invitados entregada por lady Windermere.

Y ante el asombro general, fué anunciada inmediatamente en el salón en fiesta, muy concurrido y esplendientemente iluminado, "la señora Edith Erlynne".

Lady Windermere, que había deducido por la promesa de su esposo de no invitar a dicha dama, que no había entre ambos más que lo afirmado por él, y que necesitaba creerlo, puesto que ella adoraba a su marido, sufrió rudo golpe en su amor propio, disponiéndose a cumplir su terrible amenaza delante de todos.

Lord Windermere, no comprendiendo la audacia de Edith haciendo caso omiso de su recomendación por el poderoso motivo de los celos de su esposa, disimuló

Con viva contrariedad y el mayor respeto.

Lord Windermere

Pero Edith, al recibir, poco antes de la hora fijada para la fiesta, esa carta, creyó que se trataba de la invitación prometida por lord Windermere, y sin abrirla dirigióse a la reunión.

Al llegar, anuncióse a los criados.

—Soy la señora Edith Erlynne.

—¿Señora Erlynne...?—repitió uno de los criados.

No recordaba haber leído su nombre en la lista de los invitados, y comprobándolo, opuso reparos a recibirla...

Edith sacó el sobre que había recibido de lord Windermere, para entregar la invitación al criado, pero al abrirlo y encontrar dentro del mismo la carta por la que su yerno le presentaba excusas por tener que renunciar a invitarla, no insistió, quedando un momento desconcertada por la sorpresa.

¡Qué situación delante de los criados!

En tan crítico momento llegó lord Augustos, quien al verla apresuróse a ofrecerle el brazo, gracias a lo cual el criado, confuso, le suplicó con la mirada le disculpase el incidente, pues él se había limitado a atenerse a la lista de los invitados entregada por lady Windermere.

Y ante el asombro general, fué anunciada inmediatamente en el salón en fiesta, muy concurrido y esplendientemente iluminado, "la señora Edith Erlynne".

Lady Windermere, que había deducido por la promesa de su esposo de no invitar a dicha dama, que no había entre ambos más que lo afirmado por él, y que necesitaba creerlo, puesto que ella adoraba a su marido, sufrió rudo golpe en su amor propio, disponiéndose a cumplir su terrible amenaza delante de todos.

Lord Windermere, no comprendiendo la audacia de Edith haciendo caso omiso de su recomendación por el poderoso motivo de los celos de su esposa, disimuló

su enojo y acercóse a la "no invitada", saludándola.

Edith, sin poder enterar a su yerno de lo ocurrido para disculparse, le dijo, también para disimular:

—Le suplico se sirva presentarme a su esposa.

Lord Windermere no pudo sustraerse a ello, y llevando a Edith al lado de su esposa, hizo las presentaciones.

Lady Windermere apretaba en su mano izquierda el abanico, para herir con él el rostro de su ignorada madre; pero al tenerla frente a sí, mirándola con cariño y sumamente hermosa a pesar de sus años, se sintió desarmada, y subyugada, tal vez por la luz de sus almas, soltó el abanico, inconscientemente, y estrecháronse la mano.

—¡Cuánto celebro conocer a la distinción en su forma más perfecta!—dijo Edith, emocionada, feliz.

Y lady Windermere repuso, cariñosamente, a pesar de su rebeldía:

—Ha sido usted muy amable honrando



—Ha sido usted muy amable honrando nuestra casa con su presencia...

nuestra casa con su presencia... Me han hablado tanto de usted mis buenas amigas...

Lord Windermere procuró interrumpir a tiempo la violenta escena, y apenas pudo escabullirse, lady Windermere salió a la galería del jardín, a donde la siguió lord Darlington, que había recogido el abanico.

Lady Windermere se moría de dolor. Acababa de tener la evidencia de la culpa-



Lady Windermere se moría de dolor. Acababa de tener la evidencia de la culpabilidad de su esposo, bilidad de su esposo, y el deber, por un lado, y el deseo de venganza, por otro lado, reñían sorda batalla...

Lord Darlington, acercándosele, trató de sacar provecho de la situación.

—Este suplicio es superior a mis fuerzas... Le hablo formalmente... Mañana abandonaré Inglaterra para siempre... Ya no volverá usted a verme, pero seguiré amándola.

— ¡Es horrible! ¡Es horrible! —murmuraba lady Windermere.

En el salón, Edith, viendo la hostilidad general, apartóse a un lado y desde el mismo contemplaba uno por uno a todos los invitados.

Los hombres la admiraban discretamente.



Edith apartóse a un lado y contemplaba uno por uno a todos los invitados.

mente, pues como mujer superaba en gracia y belleza a todas las allí reunidas.

Con fina perspicacia, Edith se hizo presentarse una de las peores chismosas que se ocupaban de ella, y para captarse su simpatía empleó la adulación.

—Estoy encantada de haber conocido a la mujer que mejor viste en todo Londres —le dijo sonriente.

La chismosa, vieja y fea, se sintió repentinamente joven, y acaparando a Edith, *que le resultaba muy simpática, muy fina y muy digna de su amistad*, porque sabía distinguir, la fué presentando a todas sus amigas, siendo pronto Edith la heroína de la fiesta, envidiada por las mujeres y galanteada por los hombres.

Lord Augustos, completamente chiflado por Edith, no pudo esperar a hablarle al salir de la fiesta, y tomándola aparte, le dijo:

—Varios días me he estado preguntando si a mi edad... una declaración de amor... Pero usted me tiene enamorado como un

chiquillo, y me veo precisado a pedirle, muy humildemente, si quiere usted ser mi esposa.

—Lord Augustos... su proposición... ¿Qué diría usted si no aceptase?

—Estoy por decir que me suicidaría...

—Entonces... para demostrarle que no quiero causar desgracias... acepto... Nos casaremos...

—¡Es usted maravillosa!

* * *

En el jardín, lord Darlington y lady Windermere hablaban, sin testigos, según ellos, pero descubiertos por Edith.

Lady Windermere, para calmar su agitado espíritu, había abandonado la galería y paseábase por el paradisíaco parque que parecía dividido por paredes, tan altos y tupidos eran los glaucos doseles que bordeaban los caminos.

Lord Darlington, persuadido de que, al fin, había llegado el momento de apoderarse de la voluntad de la mujer que an-

siaba ardientemente para sí, siguió sus pasos, desoyendo las protestas que ella le hacía.

—Por favor, lord Darlington, déjeme... Necesito estar sola... sola...

—Pero, Lady, ¿por qué sufrir de ese modo? Usted no merece que se le cause la menor pena... ¿Por qué no quiere escuchar mis ruegos de amor...? ¿Por qué se obstina en mirarme como un enemigo, cuando



—Por favor, lord Darlington, déjeme... Necesito estar sola... sola...

en realidad no deseo otra cosa que su felicidad a mi lado?

—No, no, lord Darlington... Eso no es ninguna solución para mi dolor...

—Hace tiempo que nos conocemos, Lady... Sus desdenes han sido para mí un estímulo... y si lograrse al fin su amor, el mismo logro serviría para animarme a conseguir más cada día de usted... hasta llegar a la máxima profundidad de su alma... Vea usted si la querré, para marcharme, si usted no quiere corresponderme a pesar de tener la prueba de la traición de su esposo.

—Déjeme... No me atormente más, Lord... Se lo suplico...

—¿Me promete al menos reflexionar esta noche...?

—No sé... Estoy nerviosa... No se lo que digo... Déjeme... Déjeme...

—¿Puedo esperar, Lady...?

—¡Oh, Lord!... ¡No puedo escucharle!

Separándose de él, Lady regresó hacia la casa, y en las escaleras del jardín en-

contró a Edith, que se proponía hacérsele simpática.

Al ser alcanzada por ella, Edith dijo a su hija:

—Lady Windermere, su esposo la andaba buscando a usted...

Lejos de comprender las buenas intenciones de su madre, Lady respondió, mirándola con rencor:

—No creo que me encuentre a faltar gozando de tan grata compañía...

La intempestiva salida de su hija dió mucho que pensar a Edith, y meditando sobre el caso, su experiencia de mujer y su corazón de madre la pusieron sobre aviso.

Lady Windermere no buscó a su esposo, sino que, yendo al despacho de éste escribió unas palabras en un papel, pues había tomado repentinamente, al cruzar a Edith al regresar a la casa, la determinación de vengarse del infiel compañero que ella había adorado sin ser digno de ello.

Edith, que se había propuesto no perder el menor gesto de su hija, entró al poco en

el despacho, y al ver un sobre cerrado sobre la mesa de trabajo, fué presa de terribles suposiciones. Pensó en lord Darlington, el caballero con el que lady Windermere acababa de hablar en el jardín. ¿Se propondría ésta, cegada por injustas sospechas, abandonar el hogar, con el falso amigo del esposo?

No vaciló en rasgar el sobre y leyó la carta, que decía:

Puedes quedarte con Edith Erylune. Yo voy a reunirme con lord Darlington que me ofrece su vida y su fortuna.

Margarita

Llena de angustia, Edith guardóse esa carta, y se puso a la busca de su hija.

Mientras, en el salón, lord Windermere preguntaba a su falso amigo:

—¿Has visto a mi esposa, Darlington?

Este contestó negativamente, encaminándose entonces lord Windermere hacia las habitaciones de su mujer.

Edith, que a pesar de sus esfuerzos no había podido dar con su hija, detuvo a su

verno en el pasillo de las habitaciones íntimas.

—Su esposa tiene una fuerte jaqueca... Se ha retirado a descansar...

—¿Cómo no me ha dicho nada? Pero, usted...

—¡Oh, no se extrañe! Nos hemos hecho las mejores amigas del mundo... Yo le he referido mi próximo matrimonio con lord Augustos, que he concertado con él esta misma noche... como lo presentía en mi casa cuando usted vino a verme...

—Lo celebro... Pero permítame que entre a saludar...

—No. ¡Pobrecita! Déjela descansar... Necesita reposo absoluto...

—¿Qué pensarán los invitados...?

—Discúlpela alegando su repentina indisposición.

Lord Windermere aceptó el consejo de su madre política, y cuando la hubo dejado sola, ésta salió precipitadamente de la casa, dirigiéndose a la de lord Darlington.

Lady Windermere estaba ya en ella, es-

perando a su apasionado admirador, dispuesta, en su crisis de locura, a hacer lo que él quisiera de ella.

Edith no titubeó en presentarse ante su hija bruscamente.

Al verla, lady Windermere quedó aterrada, pero serenándose, sostuvo friamente sus miradas.

Temblando de angustia, Edith mostró a Margarita la carta que ella escribiera y de la que se apoderó para salvarla, temiendo lo que se proponía; y le rogó insistentemente, con voz suplicante y enérgica a la vez, que se quitase la venda que cubría sus ojos:

—Su esposo nada sabe... Aun es tiempo de regresar y evitar el escándalo.

—¡No! ¡Yo no volveré con él!

—¡No sea usted niña! ¡Le juro que nada ha habido, ni habrá, entre su esposo y yo! ¡Por lo que usted más quiera, regrese a su casa; se lo ruego por lo que yo también más quiero!

—¡No! ¡No!

—Escuche mis palabras... Siga mi consejo *como si fuera el de su madre*.

—¿Cómo se atreve usted a nombrar a mi madre... mi buena madre...?

Unas lágrimas asomaron a los párpados de Edith. Sin desanimarse, apoderándose de su hija, prosiguió:

—Hace años yo obré exactamente como usted y perdí mi honor y mi felicidad... y también a mi hija adorada...

La emoción de Edith fué apoderándose poco a poco de Margarita, alma sensible, y en un arranque de cariño la primera, y de remordimiento la segunda, se abrazaron llorando.

Oyóse el rumor de voces en la puerta de la casa.

Acababa de llegar lord Darlington, acompañado de todos los amigos varones que habían asistido a la fiesta de lady Windermere, no faltando lord Windermere. En la solitaria casa de lord Darlington terminarían la velada, como en el Club.

Edith y su hija ocultáronse en la habi-

tación inmediata al salón en que entraron los amigos, y al reconocer en la voz a lord Windermere y a todos los demás amigos, quedaron aterradas.

Edith, sacando fuerzas de flaquezas, dijo a su hija, empujándola hacia la primera puerta que vió:

—¡Huyamos! ¡Si la encuentran a usted aquí es imposible evitar el escándalo y el deshonor!



—¡Huyamos! ¡Si la encuentran a usted aquí es imposible evitar el escándalo y el deshonor!

Iban a marcharse, sí, presas de miedo las dos; pero Margarita, deteniéndose, y en el paroxismo del estupor, exclamó:

—¡He olvidado mi abanico sobre el sofá!

Edith ahogó un grito en su garganta. Procurando sobreponerse a su alteración, abrió ligeramente la puerta y vió dicho abanico sobre el sofá. Nadie lo había visto aún. Pero ¿cómo apoderarse de él?

Siguió observando, imitándola Margarita, y vieron como lord Augustos se sentaba en el sofá, tropezando sus manos con el abanico. Tal vez, de haber tenido tiempo de reflexionar, el simpático soltero hubiera ocultado dicho abanico, pero lord Windermere, descubriéndolo en manos de lord Augustos, se lo arrebató lleno de asombro, y examinándolo, reconoció que era el abanico regalado a su esposa aquel mismo día.

Lord Darlington, desconcertado, sospechaba la terrible verdad...

Aceptando como indiscutible una idea



y examinándolo, reconoció que era el abanico regalado a su esposa aquel mismo día.

pecaminosa, lord Windermere, alcanzando a lord Darlington agresivamente, agitó el abanico junto a su rostro, y dijo:

—¿Qué significa este abanico en tu casa, Darlington? ¡Exijo una inmediata explicación!

La situación era gravísima.

Habiéndolo comprendido así, Edith había hecho poner en salvo a su hija.

—Huya usted como pueda. Déjeme a mí. Yo le prometo que nadie sospechará de usted—le había dicho al empujarla hacia una puerta de escape.

Lady Windermere, reconociendo que la que ella suponía su rival era una mujer sublime, arrojóse en sus brazos... y la besó, no titubeando un momento en huir, no pensando en más que en salvar su honor en peligro.

Y al mismo tiempo, para que nadie pudiera distraer su atención hacia otra parte de la casa, a fin de que lady Windermere pudiese huir libremente, salió Edith de la habitación, sorprendiendo a todos su aparición; y dijo, apoderándose del abanico que tenía lord Windermere en la mano, y confundiendo a lord Darlington, y disgustando, como se supone, a lord Augustos:

—Siento el terrible lance que iba a ocasionar el que yo me confundiera y tomara en lugar del mío el abanico de lady Windermere.



—Siento el terrible lance que iba a ocasionar el que yo me confundiera...

Lord Windermere recuperó su tranquilidad, por una parte, y se indignó para sus adentros, por otra, incurriendo en el lamentable error de considerar una cualquiera a la madre de su hija.

Edith, interpretando a maravilla su papel de mujer veleta, es decir, sin ruborizarse por lo ocurrido, dirigióse a lord Darlington, que se perdía en un mar de confusiones, y le dijo:

—Perdone que me haya introducido en su casa... Espero que será la primera y última vez que deberé hacerlo...

Y añadió:

—Lord Darlington, creo que sabrá usted disculparme y que recordará mis palabras.

Fras estas imprescindibles explicaciones al falso amigo, abandonó el salón, quedando en él, manifestando su despecho, el enamorado lord Augustos, y admirando el valor del alma de Edith el culpable lord Darlington.

A la mañana siguiente, lord Windermere hablaba con su esposa acerca de Edith, reconciliándose con ella.

—Tenías razón, Margarita, al hablar de Erlynne como lo hacías. Ayer noche, en casa de lord Darlington, me convencí de quien es esa mujer...

Margarita reprimió un sollozo y dedicó un pensamiento de gratitud inmensa a la sublime infeliz.

Al poco, lady Windermere recibió esta tarjeta de su madre:

Hoy mismo parto para Francia y vengo a despedirme de ustedes.—Edith Erlynne.

Lord Windermere se hubiera negado a recibirla, mas Margarita se apresuró a ordenar que la introdujeran a su presencia.

Y se despidieron afectuosamente, saboreando Edith la gratitud de su hija.

—¡Se lo debo a usted todo: dicha y honor! ¡Se ha portado usted como una madre para mí!

Edith lloraba. Aunque indirectamente, su hija la había llamado madre. Y al disponerse a marcharse, dijo a su niña:

—Sólo exijo en pago el más absoluto silencio... que nadie sepa lo que pasó anoche... ¡Se pierde tan fácilmente el amor del marido y la consideración de la sociedad!

Se abrazaron emocionadas, y durante la despedida final, lord Windermere, apareciendo, correspondió al saludo de su madre política con una inclinación seca y violenta.

Pero ¿qué le importaba a Edith todo lo demás, si sabía que su hija, en adelante, guardaría un grato recuerdo suyo?

Alejóse lentamente...

Ya en la calle, Edith tropezó con lord Augustos, que iba a visitar a los Windermere. El soltero se detuvo, y desarmado por la belleza y la naturalidad con que le miró su amada, suplicóle apremiante que le diese una explicación de lo ocurrido la víspera en casa de lord Darlington.

Ella se negó.

—Hablar significa para usted la posibilidad de...

—Ya lo sé. Pero antes prefiero perder la felicidad que revelar la verdad... Adiós, lord Augustos... No nos veremos más...

Como un rayo de luz entró en la mente del simpático soltero la figura de lady Windermere... y recordando las asiduidades de lord Darlington con ella... y que el abanico era suyo... siendo muy extraña la confusión de Edith... y comprendiendo además

que ésta, si hubiese sido culpable, no se habría atrevido a ir a visitar a los Windermere, reconstituyó imaginativamente los hechos, y retrocediendo hasta el coche de Edith, le estrechó la mano, sonriéndole con el corazón, y murmuró, arrepentido de haber dudado de su bondad rayana en el sacrificio:

—No es preciso que hable usted... y considero un honor que acepte ser mi esposa.

Y subiendo al coche, sin apartar su mano de la suya y fijos sus ojos, llenos de amor, en los velados por las lágrimas de su amada, alejaronse de allí... para no separarse jamás, dispuestos a legalizar sus anhelos de ventura sin igual.

FIN

COLECCION E USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — París...!! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro: **UNA PESETA**

Teresa de Ubervilles. — Macista, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice Meredith. — El Fantasma de la Ópera. — El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans-Gêne. — América. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más fuertes que su amor. — Ella... — Demasiadas mujeres. — Nobleza baturra. — Cenizas de odio. — El Raja de Dharmagar. — El difunto Mathias Pascal. — La marca de fuego. — Los hijos de nadie. — Pescador de Islandia. — La octava esposa de Barba-Azul. — El beso de la victoria. — El Proceso de Nancy Preston. — Justicia gitana. — La "Poupée" de París. — El Abanico de Lady Windermere.

Precio: **50 cts.**

Próximo número: La intrigante novela

POR LA PATRIA

por Jeta Goudal, Clive Brook, etc.

DE PÁGINAS — NUMEROSAS FOTOGRAFÍAS

Precio popular: **50 céntimos**

¡Sea usted colonizador de Los Grandes Films!

